



Yihadismos

Cuando se publique esta crónica quizás haya remitido la fiebre informativa sobre el terrorismo yihadista. ¡Ojalá! (del árabe “¡quiera Alá!”). Sería una buena señal. Aunque resulta difícil imaginar otro suceso que pueda competir en los medios de aquí a fin de año. Incluso cuando se recupere el interés por el proceso hacia la I República catalana, que tantos ríos de tinta y acerbas discusiones ha suscitado. Aparecerá como un acontecimiento menor, amable, más propio del horario infantil, Con repercusiones inocuas a largo plazo, en el supuesto más extremo.

O sea, fronteras, pasaporte, que te registren la maleta y detecten unas ristas de butifarra pero nunca de explosivos. Es como comparar la Tercera Guerra Mundial con el *bou embolat* (toro embolado con cuernos en llamas), por poner un ejemplo poco afortunado. Pido disculpas.

Si bien la cuestión catalana va a calentar las sobremesas en las Navidades al nordeste del aún Estado español, las diferencias *fifty and fifty* de nacionalistas y españolistas derivarán, a lo sumo, en la ruptura de relaciones entre cuñados.

¿A dónde nos llevan mis apreciaciones? No tengo la menor idea. Suele suceder cuando te adentras en argumentos escabrosos. De manera que me remitiré a lo que dijo aquél:

“Es muy importante que quede claro que la vida continúa normalmente ante algo tan sinsentido (...) Lo único que espero es que la respuesta militar sea moderada. No me cansaré de repetir que para resistir a un *shock* de tal calibre hay que continuar viviendo y haciendo lo que antes. Trabajar, ir al teatro, hacer deporte...”.



¿Quién es ese “aquél”? ¿Un experto en cuestiones islamistas, como los que han proliferado en las mañanas, tardes y noches televisadas? Pues no. He extraído la frase de una conversación entre el escritor Javier Marías y... Woody Allen. Quien habla es el cineasta.

Confieso que he hecho trampa para captar la atención del lector y evitar que abandone esta página para adentrarse en algo más serio. Rellenaré el paréntesis con puntos:

“Lo peor de todo esto es que no había solo neoyorquinos, sino gente de todas las culturas y religiones”.

La entrevista corresponde a octubre de 2001, recién producidos los ataques terroristas en Estados Unidos.

La postura de Woody Allen se puede considerar racional pero, tal como están los ánimos, hoy le criticarían por pusilánime. Ahora mismo predomina una corriente partidaria de exterminar a la Yihad a toda costa, con procedimientos de fumigación intensiva. El otro día coincidí en el ascensor con la vecina del 4º derecha. Se llama Doña Virtudes y es una anciana bondadosa, si bien su sordera contri-

Como dijo aquél: “Es muy importante que quede claro que la vida continúa normalmente ante algo tan sinsentido (...) Lo único que espero es que la respuesta militar sea moderada. No me cansaré de repetir que para resistir a un shock de tal calibre hay que continuar viviendo como antes”. ¿Quién es ese “aquél”? El cineasta Woody Allen

buye a que no entre en polémicas. En lugar de comentar la climatología, me espetó:

“Hay que hacer como los Reyes Católicos. Llevarlos a todos en autobús a las costas de Andalucía y darles un empujoncito”.

Renuncié a rebatir el argumento. Antes he sugerido que sus audífonos son de baja calidad, o bien escatima en pilas. Tampoco la pregunté a que “todos” se refería, aunque lo sospeché: a todos.

No puedo dejar de reproducir un comentario de mi admirado profesor Metodio Jodorowsky, experto en conflictos universales. Hace tiempo me confesó, entre caña y caña de cerveza a mis expensas, una visión de la cambiante respuesta individual ante las ideologías.

“Puedes mostrarte partidario de la Alianza de Civilizaciones y simpatizar con la novia de tu hijo cuando la lleva a merendar a tu casa en *burka*. Pero tu tolerancia experimentará un giro de 180 grados si una madrugada te asomas al balcón, porque te ha despertado una explosión, y descubres que tu coche ha quedado reducido a chatarra”. ●